

Intrépido

Jack Campbell

Traducción:
Roberto Gelado Marcos



1

El aire frío que se colaba en el interior a través de los conductos de ventilación aún destilaba una ligera peste a metal sobrecalentado y equipamiento quemado. A su camarote llegó el tenue eco de una explosión y la nave se paró abruptamente. Mientras al otro lado de la escotilla empezaban a escucharse voces colmadas de miedo, una batida de pies pasó a toda prisa por delante de donde él se encontraba. Pero no se movió, sabedor de que si el enemigo había reanudado el ataque, las alarmas tendrían que estar sonando y en la nave se notaría algo más que un golpe. Además, independientemente de que hubiera o no ataque, no se le había asignado misión alguna que debiese apresurarse a cumplir; no había, por ende, tarea alguna que completar.

Se sentó en el pequeño camarote que le habían dado, de brazos cruzados y con las manos metidas por dentro para intentar ahuyentar un frío interno que no parecía abandonarlo nunca. Desde allí escuchaba los sonidos de la nave y de su tripulación y, siempre y cuando la escotilla siguiera cerrada, podría seguir fingiendo que la nave era la nave que conocía y la tripulación era la gente con la que había trabajado. Sin embargo, aquellas naves y aquella gente ya no estaban allí, y aquello era lo mismo que, indudablemente, debería haber sucedido con él.

Cambió ligeramente de postura, juntando sus manos con más fuerza para combatir el frío que manaba de su interior y, en ese momento, se golpeó una rodilla contra el borde tosco del pequeño escritorio que adornaba el camarote. Se quedó mirando aquel borde, tratando de descifrar qué era aquello. Se suponía que el futuro era suave. Suave y limpio y brillante. Se suponía que no iba a ser más tosco y usado que el pasado. Era

algo que sabía todo el mundo. Pero por aquel entonces tampoco se suponía que las guerras pudiesen ser aparentemente interminables, no había manera de imaginar que durasen años y años en los que se fuese borrando hasta el más mínimo vestigio de suavidad y luminosidad de un futuro en el que ahora ya solo se podía aspirar a la eficacia.

—Capitán Geary, se requiere su presencia en el muelle del transbordador —ordenó una voz.

Él tardó un momento en comprender lo que implicaba aquello. ¿Por qué se le reclamaba? Con todo, las órdenes eran órdenes y si ahora le daba por empezar a ignorar la escala de disciplina podría encontrarse con que al final no le queda nada a lo que agarrarse. Suspiró profundamente, y acto seguido se levantó, con las piernas aún rígidas por el frío que sentía tanto dentro como fuera. Las dudas lo invadieron antes de abrir la escotilla. No quería enfrentarse a la gente del exterior, pero finalmente tiró de ella, la abrió y comenzó a caminar.

Los pasillos del crucero de batalla *Intrépido*, perteneciente a la Alianza, estaban repletos de personal reclutado y una amalgama de otros oficiales. Se apartaron a su paso, formando así un camino estrecho que parecía abrirse por arte de magia y que se iba cerrando justo detrás de él a medida que iba caminando con una cadencia pesada y continua hacia el muelle del transbordador. Sus ojos seguían sin posarse de manera fija en ninguna parte y su mirada seguía yendo hacia delante sin reparar en las caras que lo rodeaban. Él sabía qué era lo que se estaría reflejando en ellas. Ya había visto esa mezcla de esperanza e intimidación, aunque ni la comprendía ni la deseaba. Ahora sabía que la intimidación estaría salpicada de angustia y desesperación y, precisamente por eso, ahora menos que nunca deseaba ver esas caras. Como si los hubiera decepcionado, cuando nunca les había prometido nada ni había dicho ser nada más de lo que realmente era.

De repente la multitud se hizo tan densa delante de él que tuvo que detenerse. Una joven oficial miró hacia atrás y lo vio aparecer.

—¡Capitán Geary! —exclamó, con el rostro iluminado por un halo de esperanza irracional.

La oficial tenía una parte de la cara manchada con fluido hidráulico y una escayola de luz en un brazo, que le tapaba una herida sufrida recientemente en una batalla. Su uniforme mostraba marcas de quemaduras en el lado del brazo dañado.

Geary sabía que debía decirle algo a la oficial, pero no fue capaz de encontrar palabra alguna.

—Muelle del transbordador —farfulló finalmente.

—No puede llegar hasta allí por aquí, capitán —repuso con avidez la teniente, fatigada y ajena a la falta de reacción de Geary. Su entusiasmo repentino la hacía parecer tan joven que casi resultaba imposible, lo cual provocaba que Geary se sintiese incluso más viejo.

—Está sellado hasta que reparen los daños ocasionados durante la batalla. ¿Sintió usted el último choque, verdad? Tuvimos que deshacernos de varias células de combustible antes de que explotaran. Pero pronto volveremos a estar preparados. Todavía no nos han derrotado, ¿a que no? No pueden derrotarnos.

—Tengo que ir al muelle del transbordador —repitió Geary lentamente. La teniente pestañeó.

—Muelle del transbordador. Baje dos niveles y a partir de ahí siga todo recto —indicó—. No tiene pérdida. Me alegro de verlo, señor.

Su voz se quebró al pronunciar la última frase.

¿Que se alegra de verme?, pensó Geary. La ira al escuchar aquello provocó que ardiese de ira que, por un momento, combatió el frío que seguía sintiendo en su interior. *¿Por qué?* Con todo, se limitó a asentir con la cabeza y a responder sin mostrar emoción alguna.

—Gracias —espetó Geary.

Tras bajar los dos niveles por las escaleras y seguir recto después, Geary continuó caminando en solitario entre la multitud que seguía abriéndose y cerrándose a su paso. A pesar de sus esfuerzos por no mirar, esta vez sí percibió de reojo caras que reflejaban la misma angustia y se iluminaban con el mismo optimismo chiflado al ver a Geary.

El almirante Bloch esperaba a la entrada del muelle del transbordador, junto con su jefe de personal y una pequeña multitud compuesta por otros oficiales. Bloch se movió hacia Geary y se lo llevó hacia un lugar más apartado para hablar con él en privado. Al contrario que el resto, Bloch no parecía tan desesperado como sorprendido por la batalla que acababa de acontecer, como si todavía no fuese capaz de alcanzar a comprender qué había pasado.

—Los líderes sindicos han aceptado negociar. Insisten en que tanto yo como todos los demás oficiales de mando participen en las negociaciones en persona. No estamos en posición de rechazar sus exigencias. —La voz del almirante sonaba triste, muy distinta del entusiasmo atronador que Geary se había acostumbrado a escuchar en sus años mozos. Sus ojos también mostraban tristeza

—Eso lo deja a usted como oficial de mayor rango en nuestra ausencia, capitán —prosiguió Bloch.

Geary frunció el ceño. No se había parado a pensar en eso hasta aquel momento. Su rango preferente databa del momento en el que fue ascendido a capitán. Pero de aquello hacía mucho tiempo. Y aquel rango comportaba unas responsabilidades.

—No puedo...

—Sí —replicó el almirante Bloch, tras lo cual respiró hondo—. Por favor, capitán. Su flota lo necesita.

—Señor, con el debido respeto...

—Capitán Geary, no lo voy a culpar por preguntarse si estaría usted mejor si no lo hubiésemos encontrado. Yo pensé, al igual que mucha otra gente, que había sido un golpe de buena suerte enorme. *Black Jack* Geary vuelve de entre los muertos para unirse a la flota de la Alianza y conducirla hacia su victoria más grande. —Bloch cerró los ojos durante un instante—. Ahora tengo que dejar la flota en manos de alguien de quien me pueda fiar.

Geary hizo una mueca de disgusto. Deseaba pegarle un grito a Bloch, quería decirle al almirante que el hombre al que quería dejar al mando de la flota no era el que tenía allí delante, que tal persona no había existido nunca. Pero no era solo que los ojos de Bloch estuvieran tristes, y Geary se empezaba a dar cuenta de ello ahora. Estaban muertos. Finalmente, Geary se limitó a asentir lentamente con la cabeza.

—Señor, sí, señor —acató Geary.

—Estamos atrapados. Esta flota es la última esperanza de la Alianza —explicó Bloch—. Doy por sentado que usted lo comprende. Si ocurriese algo... hágalo lo mejor posible. Prométamelo.

Geary tuvo que hacer esfuerzos para frenar un nuevo impulso de gritarle al almirante todas sus objeciones. Sin embargo, habría costado mucho romper todo ese hielo que tenía en su interior y, además, dentro de él seguía latiendo un empecinado sentido del deber que le insistía en que no podía rechazar la petición del almirante Bloch.

—Así lo haré —asintió Geary.

—El *Intrépido*... escuche, capitán. —Bloch se acercó a Geary, hablando aún más bajo—: El *Intrépido* tiene la llave aquí a bordo. ¿Me entiende? Pregúntele a la capitana Desjani. Ella sabe de lo que hablo y se lo podrá explicar. Esta nave debe llegar a casa. Da igual cómo lo consiga. La Alianza tiene que recuperar la llave hipernética. Si lo logramos, todavía habrá una oportunidad y las naves y la gente que hemos perdido no habrán sido en vano. Prométamelo, capitán Geary.

Geary se quedó mirándolo, sin comprender muy bien, sorprendido incluso a pesar de sus sentidos adormecidos por el tono de súplica que se

desprendía de la voz del almirante. Pero aquello tampoco quería decir que Geary fuese a estar al mando eternamente. Bloch iba a negociar con los síndicos, después regresaría y volvería a ponerse él al mando. Geary nunca tendría que conocer más detalles de la tal llave del *Intrépido* que, de algún modo, tenía algo que ver con una forma de desplazamiento interestelar que era mucho más rápida que el transporte «más rápido que la luz» por salto entre sistemas que se usaba en los tiempos de Geary.

—Sí, señor —aceptó Geary.

—Estupendo. Gracias. Gracias, capitán. Sabía que si podía confiar en alguien, ese alguien era usted. —Si la reacción de Geary a la afirmación del almirante se vio reflejada en su cara, Bloch no mostró señal alguna de haberse dado cuenta—. Yo voy a hacerlo lo mejor que pueda, pero si las cosas fueran a peor...

Bloch se quedó en silencio durante un momento

—Como pueda, si puede, salve lo que queda de la flota —concluyó el almirante, alzando la voz mientras conducía a Geary de nuevo al lugar en el que se encontraban los demás—. El capitán Geary se quedará al mando de la flota durante mi ausencia.

Todo el mundo se giró para mirar a Geary. Sorpresa, euforia en los rostros de los oficiales más jóvenes, escepticismo en algunas de las caras de los oficiales más veteranos y un murmullo generalizado en señal de aceptación de la orden del almirante.

Geary alzó la mano para ofrecer el saludo formal que siempre había conocido pero que ahora no veía ejecutar con normalidad entre los miembros de su flota. No tenía ni idea de en qué momento el saludo había dejado de ser un gesto de cortesía habitual entre los militares de la flota de la Alianza, pero no podía evitar pensar que, si no se despedía así de un superior, se llevaría un buen correctivo. Bloch respondió con un medio saludo que denotaba una cierta falta de práctica, se giró y atravesó rápidamente la zona de entrada por la que se accedía al transbordador en espera para salir. Dos oficiales veteranos lo acompañaron.

Geary observó cómo partía el transbordador sin moverse, mientras se preguntaba cómo debería sentirse. Al mando de toda una flota. O de lo que quedaba de ella, en cualquier caso. El cenit de la carrera de cualquier oficial de la Marina. Su mandato duraría solo un corto período de tiempo, por supuesto. Daba igual lo feas que se pusieran las cosas, la gente realmente no quería tenerlo a él al mando. El almirante Bloch tan solo estaba teniendo un pequeño gesto con el legendario capitán *Black Jack* Geary al concederle

unos honores simbólicos antes de regresar con cualquiera que fuese el acuerdo que consiguiese cerrar. Ciertamente que las negociaciones podían prolongarse durante un tiempo, pero Geary ya había tenido oportunidad de conocer y tratar en una ocasión con representantes de los Mundos Síndicos y, aunque nunca le habían llegado a gustar sus gentes, estaba seguro de que a ellos les interesaría más alcanzar un acuerdo ahora antes que tener que hacer frente a las pérdidas que una flota atrapada como la de la Alianza les podría infligir en su caída.

Geary se percató de que los oficiales que quedaban lo observaban y en sus rostros la expectación pugnaba por abrirse paso en medio del resto de emociones. Entonces se volvió hacia quien comandaba el grupo y asintió con la cabeza.

—Pueden retirarse —ordenó.

Todos se dieron la vuelta para emprender el camino hacia la salida, excepto dos, que hicieron una pausa para saludarle con cierta torpeza, como queriendo hacer acuse de recibo de la orden. Geary devolvió los saludos y se preguntó por qué y en qué momento tales cosas habían quedado desfasadas.

Acto seguido se levantó y observó cómo se marchaban los tripulantes, pero no estaba muy seguro de qué debería hacer a continuación. ¿Dónde debería ubicarse el comandante de la flota de operaciones? En el puente de mando del *Intrépido*, quizá. Todo el mundo lo observaba y no tenía en realidad gran cosa que hacer. *¿Qué más dará dónde vaya? Puedo dar órdenes desde mi camarote si es necesario, pero no lo será. ¿Y qué voy a hacer cuando me toque actuar? Todas las cosas que conocía, toda la gente a la que conocía no está ya aquí. Estoy tan cansado... Me he pasado casi un siglo en una hibernación de supervivencia, durmiendo mientras mis amigos vivían, y aun así sigo cansado. Que le den.*

Geary regresó a su camarote, se sentó en el escritorio de borde toscó y trató de dejar la mirada perdida y de volver a dejar la mente en blanco. Pero no pudo porque, después de todo, ahora sí que tenía trabajo por hacer. Después de varios minutos, la costumbre del deber, adquirida hacía muchos años, volvió a resonar en su cabeza hasta obligarlo a ponerse en marcha. Geary echó un vistazo al panel de comunicaciones que había junto al escritorio y se aseguró de presionar los botones adecuados.

—Puente de mando, aquí el capitán Geary. Comandante de la flota de operaciones. Por favor, notifíquenmelo cuándo los transbordadores de la flota lleguen al buque insignia síndico.

—Señor, sí, señor —respondió rápidamente el recluta que estaba al otro lado de la pantalla virtual, con los ojos inundados por una admiración reverencial provocada sin duda por el hecho de estar viendo a Geary—. La hora estimada de llegada es dentro de quince minutos a partir de ahora.

—Gracias. —Geary apagó rápidamente la pantalla virtual, enervado por la expresión de adoración al héroe que se había dibujado en el rostro de aquel tripulante.

Tras aquella comunicación, Geary hizo ademán de volver a sumirse en su adormecimiento anterior, pero el deber le clavó sus garras y no dejó de darle golpecitos para evitar que cayese en el sueño. En lugar de seguir remoloneando, Geary se estiró para alcanzar otro panel de control. En primera instancia, el sistema de combate del buque insignia le impidió ver los datos actualizados del estado de la flota, pero en algún momento le debió de llegar la información de que ahora era Geary quien estaba a los mandos y le proporcionó de mala gana el acceso necesario. El nuevo comandante leyó lenta y metódicamente el listado de naves mientras sentía como, por fin, una sensación dolorosa se abría paso en su interior para acabar con el entumecimiento reinante. *Qué de naves perdidas. Cuántas de las demás dañadas.* No había duda de por qué el almirante Bloch había salido a consultar qué condiciones exigían los síndicos .

—Capitán Geary. Nuestros transbordadores han llegado al buque insignia síndico.

—Gracias —espetó Geary.

A Geary no le apetecía en absoluto pensar en como estarían arreando al almirante Bloch hacia el interior de la nave enemiga para que, una vez allí, se pusiera a suplicar y tratase de ratear cualquier mínima concesión que pudiese sacarle al victorioso enemigo. A Geary nunca le había gustado lo más mínimo el modo en el que los síndicos trataban a su propio pueblo, por no hablar de cómo se las gastaban con los demás. Pero se podía razonar con ellos.

—Ca... capitán Geary. Al... al habla el consultor de comunicaciones.

Geary volvió la vista hacia la pantalla virtual. El oficial allí presente estaba más nervioso que cualquier otro al que Geary hubiese visto antes. Mucho más.

—¿Qué ocurre? —respondió Geary.

—Un... un mensaje... del buque insignia síndico. Capitán. Nos... nos lo han enviado a todas nuestras naves.

—Muéstremelo.

La imagen del oficial se desvaneció y Geary pudo ver un plano del almirante Bloch, junto con el resto de oficiales de primer rango de la Alianza, de pie al lado de una pared que debía de corresponder al interior del buque insignia síndico. Al abrirse el plano se vio que estaban en el muelle de un transbordador y que junto a ellos había un oficial síndico ataviado con un uniforme impecable. La brillante insignia que daba fe de su rango y una arrogancia reconocible al instante dejaba poco lugar a dudas: quien se dirigía a la cámara era un director general.

—Flota de la Alianza, su almirante ha venido a nosotros para «negociar» las condiciones de la rendición —explicó el director general haciendo un gesto.

Geary se quedó con la boca abierta al comprobar que un grupo de tropas especiales de los síndicos daba un paso al frente, se situaban uno delante de cada oficial de la Alianza y empezaban a disparar a quemarropa al almirante Bloch y al resto de su delegación. Bloch y algunos de los demás intentaron permanecer firmes pero se acabaron derrumbando mientras la sangre les empapaba los uniformes. En cuestión de segundos, todos los oficiales superiores de la Alianza yacían inmóviles y, sin duda alguna, muertos.

El director general de los síndicos meneó la cabeza en señal de desaprobación mientras miraba los cuerpos.

—No hay nada que negociar con sus antiguos líderes. Cualquier otro que intente negociar sufrirá el mismo destino que estos idiotas. Aquellas naves y oficiales de la Alianza que se rindan de manera incondicional recibirán un tratamiento razonable. No tenemos nada contra aquellos que se hayan visto forzados a luchar contra nosotros por culpa de líderes tan ineptos como estos.

Incluso en el estado de conmoción en el que se encontraba, Geary tuvo tiempo de preguntarse si el director general de los síndicos se hacía una idea de lo falsa que sonaba aquella afirmación.

—No obstante —prosiguió el líder síndico—, aquellos que se empeñen en intentar «negociar» morirán, si bien es posible que su deceso no sea tan rápido como el del almirante. Tienen una hora para entregar sus naves y rendirse. Transcurrido ese tiempo, lanzaremos un ataque y aplastaremos cualquier intento de resistencia.

Geary se quedó mirando a la pantalla virtual después de que se quedara en blanco y de que volviera a aparecer la cara del oficial de comunicaciones, que le devolvía la mirada con gesto de desesperación. Geary sabía que los síndicos eran despiadados, pero nunca les había visto cometer este tipo de atrocidades. Al igual que sucedía con otras cosas que Geary se

había ido encontrando, daba la sensación de que los síndicos habían cambiado a lo largo del prolongado curso de esta guerra y no para bien precisamente.

Geary tardó un buen rato en hacerse a la idea de que su posición al mando de la flota no era ya algo temporal. Una flota diezmada en la batalla y atrapada debía hacer frente a un enemigo increíblemente superior en número. No se le había dado más tiempo de cortesía que una hora. Y, para colmo, allí estaba aquel oficial de comunicaciones que, como muchos otros, rezaba con la esperanza de que Geary pudiera hacer algo.

Geary respiró hondo, sabiendo que la sensación de vacío que llevaba sintiendo desde que lo rescataron le estaba ayudando a mantener el rostro sereno.

—Traígame aquí a la capitana... —¿Qué nombre había dicho el almirante Bloch?—. Desjani. La capitana Desjani. Ya.

—¡Sí, señor! Está en el puente de mando, señor —respondió el oficial.

En el puente de mando. Geary recordó más tarde que Desjani era la oficial al mando del *Intrépido*. ¿La habría visto antes? No se acordaba.

En cuestión de segundos, la cara de la capitana Desjani asomó por la pantalla virtual. Era una mujer quizá de mediana edad y su rostro conjugaba las tensiones propias de los tiempos que corrían, de la experiencia y del desastre de la reciente batalla; así que Geary no se podía ni figurar qué aspecto podría haber tenido en un lugar y una época de paz y tranquilidad.

—Me han dicho que quería hablar conmigo —observó la capitana.

—Capitana, ¿está usted al corriente del mensaje que acaban de mandar los síndicos? —interrogó Geary.

La capitana Desjani tragó saliva antes de responder.

—Sí—acertó a decir finalmente—. Ha sido enviado a todas las naves, así que todos los oficiales al mando lo han visto.

—¿Sabe usted por qué los síndicos han asesinado al almirante Bloch? —insistió Geary.

—Porque son una bazofia desalmada —respondió, después de hacer una mueca de disgusto.

Geary sintió un pequeño arrebató de ira.

—Esa no es razón, capitana —apuntó Geary.

Ella se le quedó mirando durante un instante.

—Han decapitado a nuestro cabeza visible, capitán Geary. Una flota síndica se quedaría inutilizada si la dejaran sin líder y están dando por supuesto que nosotros funcionamos de la misma manera —aseveró Desjani—. Tratan de desanimarnos mostrándonos una carnicería y, al

matar tan abiertamente a todos nuestros líderes, intentan al mismo tiempo asegurarse de que no vamos a ser capaces de organizar ninguna resistencia más.

Geary se quedó mirándola, incapaz en un principio de articular palabra alguna.

—Capitana Desjani, esta flota no está huérfana de líder —espetó Geary.

La capitana cambió el gesto súbitamente y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Está usted al mando? —inquirió Desjani.

—Así lo dejó dicho el almirante Bloch. Pensé que se le había informado al respecto —repuso Geary.

—Se me informó, pero... no estaba segura de cómo iba a responder usted, capitán Geary —explicó la capitana—. ¿Va a ejercer como comandante? Alabado sea el cielo. Tengo que informar de ello al resto de naves. Estaba siguiendo el debate que estaban manteniendo los oficiales al mando al respecto de qué deberíamos hacer cuando se me notificó que debía ponerme en contacto con usted.

Geary se olvidó de lo que fuera que fuera a decir a continuación al darse cuenta de las posibles implicaciones que se desprendían de la afirmación de Desjani.

—¿Debatir? ¿Pero qué andan debatiendo los capitanes de las demás naves? —inquirió Geary.

—Qué hacer, señor. Debaten qué hacer después de la muerte del almirante Bloch y el resto de oficiales de alto rango —aclaró Desjani.

—¿Que están haciendo qué? —El hielo del interior de Geary se resquebrajaba por momentos—. ¿Acaso no se les informó a ellos también de que el almirante Bloch me había puesto al mando de la flota?

—Sí... señor —musitó la capitana.

—¿Ninguno de ellos ha contactado con el buque insignia para obtener instrucciones? —continuó interrogándola Geary.

A juzgar por el rostro de Desjani, que hasta hacía poco había mostrado una esperanza radiante, asomó una nueva emoción: la cautela de una oficial experimentada que sabe que su jefe está a punto de empezar a subirse por las paredes.

—Esto... no, señor. No ha habido comunicaciones con el buque insignia —informó Desjani.

—¿Así que están debatiendo sobre qué hacer y ni siquiera se han puesto en contacto con el buque insignia? —bramó el capitán.

Geary no podía siquiera imaginarse que algo así pudiera estar sucediendo. Una cosa era dejar que la costumbre de saludar cayese en el olvido, pero

¿cómo podía ser que los capitanes de las naves ignorasen la presencia de una autoridad superior? ¿Qué había pasado con la flota de la Alianza que él había conocido? La capitana Desjani no le quitaba ojo, como si esperase la explosión que, a su juicio, no podía tardar mucho en llegar. Sin embargo, en lugar de eso Geary volvió a tomar la palabra haciendo acopio de una tranquilidad forzada. Las palabras brotaban desde alguna parte de su interior con una cadencia muy lenta, como si aquello fuese una grabación antigua recién rescatada.

—Capitana —resolvió, finalmente—. Por favor, póngase en contacto con los oficiales al mando de todas las naves. Infórmeles de que el comandante de la flota requiere su presencia por conferencia a bordo del buque insignia.

—Nos queda menos de una hora antes de que expire el plazo de los síndicos, capitán Geary —avisó la capitana.

—Lo tengo presente, capitana Desjani. —*Y cada vez tengo más presente que tengo que enseñarle a esta gente que soy yo el que está al mando antes de que esta flota se vaya al garete. Además, tengo que saber algunas cosas sobre ellos, no vaya a ser que cometa algún error de cálculo que pueda resultar fatal. Joder, sé tan poco de todo lo que me rodea*—. El almirante Bloch me mostró su sala de juntas. También me dijo que ahí podría mantener una reunión virtual con sus capitanes si lo deseaba.

—Sí, señor —coincidió la capitana—. La red de datos que se precisa para ello sigue funcionando con normalidad dentro de la flota.

—Estupendo. Quiero que estén listos para la conferencia dentro de diez minutos y que den acuse de recibo de la orden uno por uno en un plazo de cinco minutos, y si alguno de ellos trata de escurrir el bulto, dígame que la asistencia es obligatoria —decretó Geary.

—Sí, señor —respondió Desjani.

En ese momento Geary se dio cuenta, no sin un cierto remordimiento de conciencia, de que había estado dándole órdenes a la capitana de un navío en su propia nave sin mostrar ninguna cortesía especial. Y aquello era algo que, cuando se lo habían hecho a él en el pasado, había odiado profundamente. Este era el momento de acordarse de aquello.

—Gracias, capitana. Por favor, reúname conmigo en el exterior de la sala de juntas principal dentro de... ocho minutos.

Si la memoria no le fallaba, la sala de juntas estaba a unos cinco minutos andando desde su camarote. Geary aprovechó los tres minutos que le quedaban para volver a echar un vistazo a la disposición de la flota, prestando especial atención a la formación de las naves que conformaban la flota de la Alianza y echando cuentas mentalmente del nivel de daños que

presentaba cada una. Aquello, que en su momento había sido un simple ejercicio mental inherente a sus obligaciones, se había convertido en algo que debía captar con toda la precisión de la que fuera capaz en cuestión de minutos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había algo que faltaba en aquella lista, algo que sabía que tenía que estar allí por fuerza. Lo añadió y se quedó mirándola un rato más, tratando de comprender por qué había algo que no encajaba.

Otra vez por los pasillos del *Intrépido*, otra vez las caras de la tripulación girándose hacia él. Geary recordó su promesa al almirante Bloch y trató de hacer ver que sabía lo que se traía entre manos. Había ejercido de oficial subalterno en otros tiempos, así que hacía mucho que había aprendido a dar aquella imagen de cara al exterior. De lo que no estaba seguro era de si había más cosas que hubiera aprendido en el pasado y que ahora le pudieran servir realmente de ayuda.

Al llegar al exterior de la sala de juntas principal, Geary vio que estaba escoltada por un infante de Marina de la Alianza que estaba allí de pie sin mover una pestaña. Al verlo, el infante de Marina realizó un saludo que, por un momento, consiguió sorprender a Geary. Finalmente, el capitán llegó a la conclusión de que, ciertamente, si había alguien capaz de mantener las viejas tradiciones, esos eran los infantes de Marina.

—Capitán Geary, todos los oficiales al mando de las naves están presentes —informó la capitana Desjani, dando un paso al frente.

Geary dirigió la mirada hacia la sala de juntas, que parecía estar vacía desde su posición y fuera de la zona de visión.

—¿Todos? —inquirió el capitán.

—Sí, señor. La mayoría de ellos parecían estar muy contentos de poder recibir sus órdenes, señor —añadió Desjani rápidamente.

—Así que contentos —apostilló Geary.

Claro que estaban contentos. Como que hasta entonces no tenían ni idea de qué hacer. Sin embargo ahora tenían a alguien en quien inspirarse: él. Desjani también parecía haberse quitado diez años de encima desde que Geary le confirmara que era él quien estaba al mando. *A esperar que el héroe nos salve el día*, pensó Geary amargamente. *Pero eso no es justo. Después de todo lo que han tenido que pasar...* Geary pensó en cómo se sentía, la sensación de vacío en su interior, y se preguntó qué sensación de vacío podrían tener los demás si de repente su mundo sufriese un cambio que superase cualquier expectativa. Entonces le lanzó una mirada penetrante a la capitana del *Intrépido*, tratando de ver más allá del desánimo que ella estaba proyectando hacia el exterior.

—¿En qué estado se encuentran? —preguntó el capitán.

Desjani frunció el ceño como si no estuviera muy segura de qué se le estaba preguntando exactamente.

—Nos acaban de facilitar los últimos informes de situación al respecto de los daños sufridos en sus naves, señor —aseveró Desjani—. Usted tiene acceso a estos informes...

—Ya los he visto —la interrumpió Geary—. No me refiero a las naves. Usted ha hablado con ellos. Doy por sentado que los conoce bien. ¿En qué estado se encuentran?

La capitana Desjani dudó antes de contestar.

—Todos han visto el mensaje de los síndicos, señor —apuntó Desjani.

—Eso ya me lo había dicho antes. Ahora dígame su opinión sincera sobre estos comandantes. ¿Se sienten derrotados? —insistió el capitán.

—¡No estamos derrotados, señor! —La exclamación se volvió más titubeante a medida que fueron saliendo las palabras y los ojos de Desjani se volvieron hacia la cubierta por un momento—. Están... cansados, señor. Todos lo estamos. Pensábamos que este ataque al corazón de los síndicos lograría finalmente inclinar la balanza a nuestro favor, acabar con la guerra al fin. Llevamos luchando mucho tiempo, señor. Y hemos pasado de ese estado de esperanza a... a...

—A esto —concluyó el capitán.

No quería escuchar nuevamente una descripción de los planes. El almirante Bloch los había explicado unas cuantas veces en sus conversaciones con él. Un golpe audaz, posible gracias a algo llamado hipernet, que no existía en la época de Geary, y gracias a un síndico traidor. O un supuesto traidor, al menos.

—¿Estoy en lo cierto si digo que las naves a las que nos enfrentamos representan el grueso de la flota de los síndicos? —continuó preguntando Geary.

—Sí, señor. Casi toda la puta flota de los síndicos está aquí. —La voz de Desjani se resquebrajó y, al notar lo, la capitana hizo esfuerzos por seguir manteniendo todo bajo control—. Nos estaban esperando. Nuestras piezas principales no tuvieron ni una mínima oportunidad.

—Pero la parte principal de nuestra flota consiguió abrirse paso hasta aquí —repuso Geary.

—Sí. Pero a qué precio —contravino Desjani—. Ni Black... discúlpeme. No podemos tener esperanzas de derrotar a las fuerzas síndicas que hay ahí fuera con lo que nos queda a nosotros.

Geary frunció el ceño, dándose por enterado solo a medias del modo en que Desjani había cambiado abruptamente su discurso. Más importante que eso, por el momento, era lo que estaba dando a entender. No había esperanza. Según el mito ancestral de la caja de Pandora, se suponía que la esperanza era el regalo que estaba dentro de la caja, entremezclado con los males que también estaban guardados en su interior. La esperanza era algo que podía permitir que la gente siguiera adelante cuando todo lo demás había fallado. Pero si esta gente había perdido la esperanza de verdad... Geary miró en ese momento fijamente a la capitana Desjani y vio de nuevo algo que no deseaba ver. La esperanza aún anidaba en su interior, en el interior de aquellos ojos que estaban clavados en él.

—Señor. —La capitana del *Intrépido* retomó la palabra con un tono extrañamente rebuscado—: Con su permiso, señor. Lo necesitamos a usted, señor. Todos nosotros necesitamos algo en lo que creer. Necesitamos a alguien que nos pueda sacar de aquí.

—Yo no soy una leyenda, capitana, ni nada de lo usted pueda pensar que soy —indicó Geary

Ya estaba. Por fin lo había dicho.

—No soy más que un hombre —apostilló el capitán—. No puedo hacer milagros.

—¡Usted es *Black Jack* Geary, señor! —exclamó Desjani—. Usted luchó en una de las primeras batallas de esta guerra y lo hizo contra un enemigo tremendamente superior.

—Y perdí, capitana —recordó Geary.

—¡No, señor! —Geary volvió a fruncir el ceño ante la sorpresa que provocaba la vehemencia de Desjani—. ¡Usted supo contener el ataque y se aseguró de que todas las naves de la flota lograran huir! Y aun entonces consiguió mantener a raya al enemigo, lo que permitió que el resto de acompañantes escaparan también. Usted contuvo a los síndicos hasta que ordenó a su tripulación que se salvaran, mientras usted se quedaba luchando contra el enemigo hasta la destrucción de su nave. ¡Esa historia me la aprendí en el colegio, señor, como todos los niños de la Alianza!

Geary se quedó mirándola. *No fue eso lo que ocurrió, capitana*, quiso decir en voz alta. *Luché porque tenía que hacerlo. Porque eso fue lo que juré hacer. Si nos quedamos allí entonces fue porque mi nave estaba tan dañada que era imposible volver a ponerla en marcha. Es verdad que ordené evacuar a mi tripulación, sí, pero esa era también mi obligación, no ningún*

acto de heroísmo. Alguien tenía que cubrirlos un poco más de tiempo para que las cápsulas de salvamento pudieran emprender la huida y ese era el trabajo que yo tenía que hacer.

Yo no quería morir. Cuando inutilizaron el último sistema de combate de mi nave, activé el mecanismo de autodestrucción y traté de huir utilizando la última cápsula de supervivencia que quedaba. Un navío que, por cierto, quedó todavía más dañado cuando la nave de la que yo estaba al mando saltó por los aires. Allí no funcionaba ninguna señal. Aquel navío no era más que otro trasto en medio de una montonera de trastos, que era lo único que había quedado después de la batalla. Nadie pudo dar conmigo. No hasta cien años después, cuando vuestra poderosa flota rebuscó entre aquellos restos y se topó conmigo.

Fue entonces cuando finalmente me despertaron y me dijeron que la Alianza se había convertido en algo que yo no era capaz de reconocer. Poco después de lo que se suponía que había sido mi muerte, acontecida en plena resistencia me ascendieron a capitán y héroe legendario de la Alianza. Creo que puedo ser capitán. ¿Pero cómo puede alguien vivo ser un héroe legendario?

Con todo, Geary no dijo nada, porque con solo mirar a Desjani comprendió que no lo iba a creer y porque sabía que, en caso de que lo creyese, al decirle aquello estaría acabando con su última esperanza. *Le prometí al almirante que salvaría su flota si podía. No sé cómo voy a poder hacerlo. Pero tal vez este ídolo heroico en el que ellos creen pueda tener alguna opción de hacer algo.*

—Aquello pasó hace mucho tiempo, capitana —murmuró finalmente Geary—. Pero lo haré lo mejor que pueda. —*Y recemos porque con eso sea suficiente*—. Bueno, antes de que celebremos la reunión, ¿en qué consiste toda esta historia de la llave?

Desjani miró cuidadosamente a ambos lados del pasillo antes de responder y solo entonces comenzó a hablar, pero lo hizo tan bajo que Geary apenas podía escucharla.

—La llave hipernética de los síndicos está a bordo del *Intrépido*—musitó Desjani.

—¿Qué coño quiere decir eso? —saltó Geary.

La capitana parecía sorprendida.

—Lo siento. Se me olvidaba que en su época no existía hipernet —se disculpó Desjani.

—Lo único que sé es que hipernet permite realizar viajes interestelares mucho más rápidos que el salto entre sistemas —apuntó Geary.

—Mucho más rápidos. Sí, señor —corroboró Desjani—. La ventaja exacta sobre el salto entre sistemas varía en función de alguna ley científica que, para ser sinceros, no comprendo muy bien; pero el caso es que normalmente la mejora hace que los viajes puedan realizarse con un intervalo que oscila entre diez y cien veces más rápido que el antiguo sistema.

—Joder —se sorprendió Geary.

La capitana Desjani asintió con la cabeza, mirando a su alrededor rápidamente una vez más para asegurarse de que nadie podía escucharlos.

—Al contrario que el salto entre sistemas, que aprovechaba de los pozos de gravedad de las estrellas, la hipernet hay que crearla —explicó Desjani—. Una vez que está instalada, toda la red se alinea con lo que normalmente denominamos una frecuencia; aunque lo cierto es que todo es un poco más complicado de lo que se lo estoy contando. A cada puerta se le asigna una especie de subfrecuencia. Para usar una hipernet en concreto hace falta algo que se llama llave y que permite acceder a esa red y seleccionar la puerta que se desea.

Geary asintió, tratando de hacerse una idea de todo lo que aquello implicaba.

—Entonces, si tenemos una llave que nos permite acceder a la hipernet de los síndicos, usémosla. ¿De dónde sacó el *Intrépido* la llave de los síndicos?

—Nos la dio el traidor. —Desjani torció el gesto—. El doble traidor. Gracias a la llave se hizo posible nuestro ataque al sistema central de los síndicos.

—Ya veo. Les facilitó los medios para llegar hasta aquí y entonces se dispuso a esperarles. —*No en vano supondría que no ibais a ser capaces de resistiros a algo tan tentador.*

—Sí, señor —aceptó Desjani con una mueca.

—Entonces los síndicos saben que tenemos esta llave. ¿Por qué es tan importante que esté en el *Intrépido*? —insistió Geary.

—Porque saben que la tenemos, pero no saben en qué nave está —alegó Desjani—. No saben si ya ha sido destruida o no. No saben si alguna de las naves supervivientes la guarda aún en su interior. Si se enteran de que está en el *Intrépido*...

—Se lanzarían inmediatamente a por él y no pararían hasta asegurarse de que la llave ha sido destruida —completó el capitán.

—Sí, señor —reconoció Desjani.

—¿No pueden limitarse a cambiar la... esto... la frecuencia de su hipernet? —inquirió Geary.

Desjani meneó la cabeza.

—Eso es imposible, capitán Geary —afirmó Desjani—. Una vez que se construye la red, no se pueden cambiar sus características fundamentales.

Geary se quedó pensando un momento, plenamente consciente de lo mucho que le quedaba por aprender pero también sabedor de que tenía que entrar en la sala de juntas rápidamente para reunirse con los capitanes de las naves allí congregados.

—¿Cómo es la llave de grande? —preguntó Geary.

—Demasiado grande para que nadie la pueda transportar, si es a eso a lo que se refiere. Es grande y pesada —replicó Desjani.

—¿Podemos duplicarla? —insistió Geary—. ¿Se pueden hacer copias y llevarlas a otras naves?

—No. Copiar una llave hipernética está más allá de las capacidades de cualquier nave de esta flota. Si regresamos a casa, ya en suelo de la Alianza, hay mundos en los que sí que existe esa posibilidad —apuntó Desjani.

Geary volvió a pararse a pensar un minuto, cavilando sobre lo que esa llave podría significar para la Alianza en caso de que se la pudieran llevar a casa y dejarla a salvo allí. Una responsabilidad más sobre los hombros del gran héroe.

—Reunámonos con los comandantes de las naves.

Aquella gente tenía su mismo aspecto pero, según parecía, no pensaban exactamente en los mismos términos que él. ¿Cuánto iba a tardar en descubrir lo que les diferenciaba, teniendo en cuenta que tales diferencias se habían forjado durante cien años, cien años que se habían pasado además envueltos en una guerra? Geary iba a tener que escuchar atentamente a todo lo que dijeran...

—Espere. Una cosa más. Hace unos pocos minutos, cuando estaba diciendo que no teníamos ninguna oportunidad de derrotar a la flota de los síndicos aquí, empezó a decir otra cosa. ¿Qué era? —inquirió Geary.

Desjani parecía incómoda, con los ojos tratando de mirar por encima del hombro de Geary.

—Lo que... lo que estaba a punto de decir entonces era que ni Black Jack mismo podría derrotar a esta flota de síndicos. Señor.

Ni Black Jack mismo podría hacerlo. La expresión tenía pinta de ser un dicho que se utilizaba de manera recurrente. Por un momento, a

Geary no se le ocurrió cómo responder a algo así. Poco después, sintió el impulso de reírse de sí mismo:

—Bueno, capitana Desjani, más nos vale que no esté en lo cierto, ¿verdad?

Ella se le quedó mirando y después sonrió abiertamente de manera inesperada.

—Sí —musitó.

Geary pasó adentro. Desjani lo siguió hasta el interior de la habitación y, cuando vio que Geary se detenía, le indicó con la mano que se sentase en un asiento que no estaba muy lejos de la puerta. La sala de juntas no era, en realidad, tan grande. Geary la había visto con los sistemas de conferencia apagados, momento en el que no era más que una habitación de un tamaño humilde con una mesa de tamaño humilde para acoger a aquellos que se fueran a sentar de facto allí. Sin embargo, ahora que los sistemas estaban encendidos, mientras Geary se aposentaba en el asiento reservado para él junto a la mesa, pudo ver como la estancia se expandía con decenas de asientos, cada uno de los cuales estaba ocupado por el oficial al mando de cada una de las naves. Geary no pudo evitar quedarse mirándolos un poco, sorprendido por el hecho de que cada oficial tuviese pinta de estar sentado allí mismo en lugar de en sus propias naves. Cuando los ojos de Geary se posaban en un oficial en concreto, su imagen se acercaba, de tal modo que parecía que estuvieran sentados más cerca el uno del otro y, al mismo tiempo, aparecía una pequeña etiqueta que lo identificaba claramente con su nombre y el de la nave a la que pertenecía. En el centro de la mesa, fácilmente visible desde cualquier asiento, se proyectaba una gran imagen con la disposición de la flota de la Alianza y la flota de los síndicos. Estaba claro que la tecnología de imagen virtual había mejorado mucho durante su larga hibernación.

Parece que hoy en día es mucho más fácil mantener reuniones. Geary se tomó un momento para preguntarse si aquello era algo bueno o si, por el contrario, sería una de esas cosas que había acabado desgastando el espíritu de la flota. Tras eso, se quedó de pie junto a su sitio, preguntándose si alguien iba a hacer un primer llamamiento general al orden, pero al ver que no ocurría, se sentó con cierta rigidez.

Nadie pronunció palabra alguna. A excepción de la capitana Desjani, que había tomado asiento de verdad justo a su izquierda, el resto de oficiales se quedaron mirándolo. Geary les devolvió la mirada, uno por uno, posando brevemente la vista sobre cada uno de ellos antes de continuar el chequeo. Algunos devolvían la mirada con un gesto cuidadosamente inexpresivo,

como queriendo ocultar sus pensamientos. Otros presentaban un rastro de desafío en sus ojos, lo que claramente indicaba que no se mostraban receptivos a reconocer la autoridad de Geary. Sin embargo, la mayoría lo miraban con la desesperación de los moribundos que rezan por encontrar algo que los libere. En distintos grados, todos y cada uno de ellos parecían cansados y preocupados.

Geary respiró hondo y decidió saltarse a propósito la informalidad que había visto entre la flota para dar paso al discurso y las acciones formales que siempre había conocido.

—Para aquellos de ustedes que no me conozcan, soy el capitán John Geary. Cuando el almirante Bloch abandonó el *Intrépido*, me puso a mí al mando de la flota. Tengo la intención de desempeñar tal responsabilidad lo mejor que sepa.

Geary se preguntaba cómo les estaría sonando su voz, qué estarían significando aquellas palabras para ellos.

Una mujer que debía estar a punto de llegar a la edad de su jubilación lanzó entonces una agria mirada en dirección a Geary.

—¿Dio el almirante Bloch alguna razón para hacer tal cosa? —inquirió la mujer.

Geary le frunció el ceño mientras notaba cómo una oleada de calor se empezaba a formar en su interior, todo un alivio teniendo en cuenta la sensación de frío que lo había venido persiguiendo desde que fue rescatado.

—Personalmente no acostumbro a preguntar a mis superiores por las razones que justifican las decisiones que adoptan. —Un murmullo se propagó entre los capitanes de los navíos, pero Geary no sabía muy bien qué quería decir aquello—. No obstante, el almirante Bloch sí me informó de que yo era el oficial de más categoría tanto por rango como por tiempo de servicio en esta flota.

Las cejas de la mujer salieron disparadas hacia arriba.

—¿Tiempo de servicio? ¿Me está hablando en serio? —discrepó.

—¿Está sugiriendo que comparemos las fechas en las que cada cual llegamos a nuestro rango actual, capitana... —Geary miró a la etiqueta identificadora que flotaba cerca de ella— capitana Faresa?

—Eso no significa nada, como bien sabrá usted —repuso.

—No, no lo sé. —Geary permitió que la oleada de calor que sentía en su interior se hiciese notar por primera vez en su tono de voz—. Si esta flota empieza a entrar en discusiones sobre qué factores de rango y antigüedad importan y cuáles no, acabará sumida en el caos, y todos ustedes morirán.

El silencio invadió la reunión por un momento antes de que otro oficial interviniese. Geary pudo ver que se trataba del capitán Numos, de la nave *Orión*.

—¿Está sugiriendo que, de alguna manera, usted puede salvarnos? Ahora mismo solo tenemos dos opciones disponibles como flota, capitán —apuntó Numos—. O morimos luchando, o asumimos que nuestro destino será, en el mejor de los casos, una vida de esclavitud y una muerte más lenta.

Geary se dio cuenta de que, de manera inconsciente, su sonrisa se había vuelto cansina.

—Yo ya sé que puedo morir luchando. Me imagino que la segunda vez será más fácil —ironizó.

El capitán Duellos, de la *Osada*, soltó una carcajada.

—¡Muy bueno, capitán Geary! —celebró Duellos—. En fin, si ese es nuestro destino...

Numos irrumpió de nuevo en la conversación.

—Hay otra opción —propuso Numos—. Si nos separamos, cada nave por su cuenta, algunos de nosotros pueden conseguir llegar a la puerta hipnética...

—¿Separarnos? —preguntó otro capitán—. ¿Está queriendo decir que cada nave debe irse por donde pueda?

—¡Pues sí! —insistió Numos—. Las naves más lentas y dañadas ya están condenadas de todas formas. No tiene sentido que...

—¡Si mi nave está dañada es porque se llevó el fuego enemigo que, de otra forma, habría acabado dañando la suya! —criticó Duellos—. ¿Y ahora pretende abandonarnos a nuestra suerte en los campos de trabajo de los síndicos?

—Si no hay otra alternativa...

—Silencio. —Hizo falta que todo el mundo se quedara mirándolo para que Geary tomara conciencia de que era él mismo quien había hecho ese llamamiento al orden. A juzgar por los gestos de los demás, se preguntaba por qué su voz había sonado así esta vez—. Esta flota no va a abandonar a ninguna nave.

Numos volvió a intervenir y Geary pudo comprobar que algunos de los demás oficiales asentían con la cabeza para expresar acuerdo con sus palabras.

—Esa no es una opinión razonable porque usted no está capacitado para comandar esta flota. Usted lo sabe. Su conocimiento de armas y tácticas está completamente anticuado —replicó Numos—. Usted carece de la

información necesaria para comprender cuál es la situación actual, tanto aquí como en casa. Usted...

Algo en el interior de Geary estalló hasta propagarse como un incendio devastador.

—Capitán Numos, no estoy aquí para debatir cuestiones de mando, ni con usted ni con ningún otro oficial de esta flota —bramó Geary.

—¡Usted no está capacitado para asumir el mando! —repitió Numos—. Usted no sabe...

—Yo sé que estoy al mando en virtud de mi antigüedad y de la última orden del almirante Bloch y sé también que, si necesito alguna información adicional para sustentar mis órdenes, mis subordinados me proporcionarán tal información —sentenció Geary.

—Yo no...

—Y si usted o cualquiera de los demás comandantes de las naves no se sienten capaces de apoyarme adecuadamente o de seguir órdenes, les relevaré del mando y pondré en su lugar a aquellos oficiales de los que sí me pueda fiar. Y, debería añadir, oficiales en cuyo apoyo el resto de naves puedan confiar. —El rostro de Numos se enrojeció—. ¿Se siente usted incapaz de apoyarme adecuadamente, capitán Numos?

Numos tragó saliva y después retomó la palabra para seguir insistiendo con terquedad, pero sin la arrogancia que había mostrado anteriormente.

—Capitán Geary, su antigüedad es una cuestión circunstancial y usted mismo lo sabe. Su rango data de hace casi un siglo porque se le concedió el ascenso a capitán de manera póstuma. Nadie sabía que usted seguía con vida. Un siglo de hibernación de supervivencia no le confiere ninguna experiencia. —Algunos de los otros capitanes hicieron leves movimientos para expresar su acuerdo con aquellas palabras y aquello pareció volver a envalentonar a Numos—. Debemos escoger a un oficial que pueda asumir el mando sobre la base de su capacidad para manejar la situación actual y eso requiere poseer unos conocimientos actualizados.

Geary volvió a mirar a Numos de una manera tan gélida que su homólogo acabó por recostarse ligeramente hacia atrás, como sintiéndose amenazado.

—En la flota de la Alianza que yo conozco, nadie elige a su mando superior. No tengo intención de permitir que ustedes ni ningún otro interfiera, en mi autoridad de mando —aseveró tajantemente Geary.

Acto seguido, se oyó cómo un hombre corpulento situado a uno de los extremos de la mesa se aclaraba la garganta antes de intervenir.

—El capitán Geary es el más veterano. Está al mando. Fin de la discusión —resumió.

Geary asintió con la cabeza sin dejar de mirarlo, memorizando su nombre y su cara. Capitán Tulev, de la *Leviatán*. Alguien con quien Geary podía contar.

Entonces una mujer con el uniforme de la Marina de la Alianza tomó la palabra. Se trataba de la coronel Carabali, que debía haber heredado el mando al morir el general de la Marina que acompañaba la flota, así como los demás oficiales de rango.

—Hemos jurado obedecer a nuestros comandantes y defender a la Alianza. Los infantes de Marina entienden que el capitán Geary es nuestro comandante según el Reglamento de la flota de la Alianza —sentenció.

Inmediatamente después intervino otra capitana, esta con la voz ajada:

—Joder, si él no nos puede sacar de esto, ¿quién lo hará? —aseguró.

Todos los ojos se centraron en Geary de nuevo como si aquella mujer hubiese dicho abiertamente lo que tantos de ellos habían estado pensando. Lo cierto es que a Geary no le apetecía ver aquellas caras, pero su deber era unirse a su esperanza y aparcarse el escepticismo. Ya no podía seguir escondiéndose.

—Voy a intentarlo —aseveró.